

**CANTOS RELIGIOSOS
DE LOS NEGROS DE PALENQUE**

Por MANUEL ZAPATA OLIVELLA

La raza.

La falta de estudios de transculturación africana en nuestro país, no permite establecer las influencias de esas culturas en las poblaciones negras o mulatas descendientes de los esclavos. El caso de los negros de Palenque de San Basilio, se torna más difícil aún, si se tiene en cuenta que los fugitivos que dieron origen a su población procedían de Cartagena, que junto con Veracruz, constituían los únicos puertos de introducción de esclavos al Continente. Esta circunstancia hacía que se hacinaran todas las razas de esclavos provenientes del Africa. Según el antropólogo Fernando Ortiz, procedían de más de 38 naciones, de las cuales podían individualizarse cerca de 15 lenguas diversas. Las principales de ellas, originarias del Senegal, Dahomey, Santo Tomé, Cabo Verde, Guinea, Ardas, Loanda, etc., comprendían negros carabariés, araraes, minas, angoles, congos, lucumíes, mandingas, viafaras, apapas, bon-dos, bambaras, gamgas, iolofos y otros.

Se calcula que de los 15 millones de negros llegados a América, un millón entraron por Cartagena, a cuyo puerto llegaba un promedio de 13.000 esclavos por año. Se ha comprobado que durante su misión catequizadora, San Pedro Claver bautizó a 300.000 de ellos. En 1540, siete años después de fundada Cartagena de Indias, las fugas de esclavos ya eran un grave problema para la población, pues hambrientos, acosaban a la ciudad y sus inmediaciones, amparados por las selvas vírgenes. En 1608, el negro Benkos Bihojo, encabezó las evasiones que constituyeron un verdadero alzamiento por la libertad. De entonces data la existencia de la fortaleza de los cimarrones, llamada del Palenque. Los españoles, persuadidos por sus repetidos fracasos, que era del todo imposible rendirlos, prometieron dejarles en libertad a condición

de que cesaran sus ataques a las poblaciones. Estos acuerdos, como es de suponerse, eran violados por parte y parte, acentuándose cada vez más el aislamiento de los esclavos.

Aculturación.

La diversidad de razas y la imposibilidad, por esta misma razón, de reconstruir los patrones culturales de origen, llevó a los cimarrones de Palenque a integrar una comunidad cuyas características tenían similitud con las culturas africanas de origen, sin llegar a identificarse plenamente con ninguna de ellas. El rasgo común entre ellos, en virtud de la reciente esclavitud, fue el malhablado castellano. Pronto surgió un dialecto, suma de vocablos africanos y castellanos, que hace pocos años era la única lengua hablada entre ellos. El comercio, sus relaciones de trabajo como aparceros y peones agrícolas, sumados a una constante migración a los centros urbanos con sus respectivos retornos al pueblo, han ido conformando una nueva mentalidad más cercana a la civilización que a las tradicionales costumbres de los primitivos fundadores, hoy sólo guardadas escrupulosamente por los ancianos.

No obstante, todavía es fácil observar las huellas africanas de su origen. La población, en su totalidad, se conserva negra. Si el castellano ha ganado terreno sobre los vocablos africanos, queda en su pronunciación un marcado acento fonético que les distingue en forma peculiar. El sentido de comunidad, muy arraigado, se debe más a las luchas en común por la libertad, que por afinidad cultural. En donde quiera que vayan, Cartagena, Barranquilla, Santa Marta, etc., la colonia permanece unida, aislándose en lo posible del extraño y hablando entre sí su forma dialectal.

Los lumbalúes.

Los cantos religiosos, a los que dan el nombre de *lumbalú*, tal vez sea el rasgo africano que más han logrado conservar de sus primitivos ascendientes. Su honda significación racial, es tan notoria, que podría afirmarse que la actitud frente a ellos divide a los actuales palenqueros: los ancianos, celosos guardianes de la tradición, por tanto, practicantes de los lumbalúes, y los jóvenes—que han ido a la escuela, visitado centros urbanos y aún uni-

versidad—, que los rechazan categóricamente como una muestra de atraso y barbarie.

El *lumbalú*, *canto de muerto o lloro*, nombres diferentes del mismo ceremonial, constituye un rito de muerte, de indudable ascendencia africana. Su nota más distinguida son los cantos con tambores en torno al cadáver. Su práctica es una forma de demostrar condolencia y amor por el difunto. Será tanto más bulliciosa cuanto más aflija a los deudos. Reúnense plañideras; se reparte aguardiente, tabaco y, sobre todo, se tocarán incansablemente los tambores. Lloran y cantan los dolientes más próximos al muerto, pero también se suman las amigas que quieran demostrar su dolor. Sólo cantan las mujeres, en tanto que los hombres acompañan con el palmoteo de las manos y la ejecución de los tambores.

¡Ah!, ¡lé, lé, lé, lé, leee!
¡Oh, oh!
¡María de la oh!
¡Ah! ¡lé, lé, lé, leee!
¡Ya nació, María!
¡Ya se fue gallinazo!

Las exclamaciones agudas son lanzadas por la persona que hace el primo, intercalando en ellas el nombre del difunto y una que otra alusión a su vida o hábitos:

¡Ah!, ¡lé, lé, lé, lé, leee!
¡Oh, oh!
¡Pa que tú también cantes, mijita,
como ella cantó!

El coro de las plañideras y de los presentes, varones y mujeres, responde con un estribillo:

¡Ya mató, María!
¡Ya se fue gallinazo!

Estos estribillos corresponden a cantos específicos, que las cantadoras experimentadas adivinan con sólo oír el ritmo del tambor. “San Baurili”, “Ya se fue gallinazo”, y otros. Los ritmos reciben diferentes nombres: angola, congo, negrito, etc. En los cantos cambia el nombre del difunto, como hemos dicho, y también,

desde luego, la improvisación de la persona que hace el primo. La fiesta religiosa tiene su centro en la casa del muerto o en la del doliente que quiere velarlo. Los amigos rodean el cadáver, aun cuando se da preferencia a las ancianas y mujeres en general. En la cabecera, junto a las plañideras, están los músicos, que se destacan con cierta importancia de oficiantes. Más alejados, en la sala, en el patio o en la calle, se aglomeran los varones, niños y adultos. Se habla, ríe y aún se baila al ritmo de los tambores. Parece que el interés es despedir al difunto con demostraciones de alegría y jolgorio.

Los tamboreros, siempre personas ancianas, parecen ser los más interesados en conservar la tradición de los lumbalúes. Aunque se dedican a las labores agrícolas como el resto de los pobladores, derivan entradas económicas y prestigio por su habilidad de tamboreros, solicitada en las fiestas del lugar o en las de los poblados vecinos. El toque de lumbalú en Palenque ha sido patrimonio, en los últimos tiempos, de la familia Batata, pero ello no les reviste de ningún carácter jerárquico, como habitualmente se quiere hacer creer a los extraños. Toda forma tradicional a este respecto, si existió en el pasado, ha desaparecido actualmente. También se ha querido señalar al tambor de los Batata, a quienes éstos llaman "pechiche" —quejumbroso, que llora—, un carácter sagrado, que en realidad no tiene. En las muchas ocasiones que hemos visitado el pueblo, hemos podido comprobar que los Batata no siempre utilizan el mismo tambor.

La forma de estos instrumentos es igual a la empleada habitualmente en los conjuntos de gaita. La caja de resonancia, de madera, varía de tamaño. El tambor *hembra* o *mayor*, de 70 o más centímetros de alto, y el *macho* o *llamador*, de 40 o más centímetros. Son monopercusivos y su piel se estira con cuñas de madera. Se les emplea en pareja. El mayor, sostenido con ambas piernas por el tamborero, registra varias tonalidades, según que se ocluya o no con el suelo la abertura de la caja de resonancia. El llamador, cabalgado por el brazo izquierdo del ejecutante, es percutido con la mano derecha en forma acompasada. En los lumbalúes no se utilizan otros instrumentos.

Los cantos sólo se acostumbran durante la velación del cadáver. Salvo en contadas ocasiones, derivadas de la prestancia del difunto, los lumbalúes pueden prolongarse durante las nueve noches de velorio.



Negros del Palenque de San Basilio.